 Tiempo de lectura: 12 min.

VIDA DE SAN FRANCISCO DE SALES (1/8)

1. Los primeros años
Francisco nació en el castillo familiar de Thorens (a unos 20 km de Annecy). Nació sietemesino y «era un milagro que, con un parto tan peligroso, su madre no hubiera perdido la vida». Es el primogénito, seguido de siete otros siete entre hermanos y hermanas. La madre, Francesca de Sionnaz, solo tenía 15 años y el padre, el señor de Boisy, 43. En aquella época, el matrimonio, en las clases nobles, era una oportunidad para ascender en la escala social (para reunir títulos nobiliarios, tierras, castillos…). El resto, incluido el amor, venía después.



Iglesia de San Mauricio en Thorens, Francia

Fue bautizado en la pequeña iglesia de San Mauricio de Thorens. Francisco eligió años más tarde esa humilde iglesia para su consagración episcopal (8 de diciembre de 1602).

Los primeros años de Francisco los pasó junto a sus tres primos en el mismo castillo: con ellos jugaba, se divertía y contemplaba la espléndida naturaleza que le rodeaba y que se convirtió en el gran libro del que sacaría mil ejemplos para sus libros. La educación que recibe de sus padres es claramente católica. Se debe pensar siempre en Dios y ser un hombre de Dios», repetía su padre, y Francisco atesorará este consejo. Los padres asisten asiduamente a la parroquia y tratan con justicia a los empleados y saben dar generosamente cuando es necesario. Los primeros recuerdos de Francisco no son solo aquellos relacionados a la belleza de esa maravillosa naturaleza, sino también de los espectáculos de destrucción y muerte causados por las guerras fratricidas en nombre del Evangelio

Llega el momento de ir a la escuela: Francisco deja su casa y va al colegio, primero en La Roche durante unos dos años y luego, durante tres años en Annecy en compañía de sus primos. Esta época está marcada por algunos hechos importantes:

– recibe la Primera Comunión y la Confirmación en la iglesia de Santo Domingo (actual iglesia de San Mauricio) y, a partir de entonces, comulgará con frecuencia.

– se inscribió en la cofradía del Rosario y desde entonces tomó la costumbre de rezarlo todos los días.

– Pidió recibir la tonsura: su padre le concedió el permiso, ya que este paso no implicaba el inicio de una carrera eclesiástica.

Francisco era un chico normal, estudioso y obediente, con un rasgo característico: «¡nunca se le vio burlarse de nadie!».

Para entonces, Saboya le había enseñado todo lo que podía. Así, en 1578, Francisco, con sus inseparables primos y bajo la atenta mirada de su tutor Déage, parte hacia París, donde permanecerá durante diez años, como alumno del colegio de Clermont, dirigido por los jesuitas.

2. Los diez años que cuentan: 1578-1588

El horario en el colegio es estricto y las prescripciones religiosas también son exigentes. Durante estos años, Francisco estudió latín, griego y hebreo, se familiariza con los clásicos y perfecciona su francés. Tiene excelentes profesores. En su tiempo libre, frecuenta los círculos de la alta sociedad, tiene libre acceso a la Corte, destaca en las artes de la nobleza y sigue algunos cursos de teología en la

Sorbona. Escucha, en particular, el Comentario al Cantar de los Cantares del padre Génébrard y queda impactado: descubre en la alegoría del amor de un hombre por una mujer la pasión de Dios por la humanidad. Se siente amado por Dios. Pero al mismo tiempo madura en su mente la idea de ser excluido de este amor. ¡Se siente condenado! Entra en crisis y durante seis semanas no duerme, no come, llora, enferma. Sale de este estado encomendándose a la Virgen en la iglesia de St Etienne des Grès con el acto de abandono heroico a la misericordia y la bondad de Dios. Reza una *Salve Regina* y la tentación desaparece.
Finalmente, una vez terminados sus exámenes finales, puede abandonar París, no sin lamentarlo. Qué alegría para Francisco volver a casa y reencontrarse con sus padres, sus hermanitos y hermanitas que mientras tanto habían llegado para alegrar a la familia.
Solo por unos meses, porque tuvo que volver a marcharse para completar el «sueño de papá»: llegar a ser grande en el campo del derecho.

3. Los años de Padua: 1588-1591
Estos son los años decisivos para Francisco a nivel humano, cultural y espiritual. Padua es la capital del Renacimiento italiano, con miles de estudiantes llegados de toda Europa: en las universidades se encuentran los profesores más famosos, los mejores espíritus de la época.
Aquí Francisco estudió derecho y al mismo tiempo profundizó en la teología, leyó los Padres de la Iglesia y se puso en manos de un sabio director espiritual, el jesuita padre Possevino. Probablemente a causa de una fiebre tifoidea, fue reducido a la muerte; recibió los sacramentos e hizo un testamento: «Mi cuerpo, cuando haya expirado, entréguenlo a los estudiantes de medicina». Era tal el fervor por el estudio y su sed de conocimiento del cuerpo humano que los estudiantes de medicina, a falta de cadáveres, iban al cementerio a desenterrarlos.
Este testamento de Francisco es importante porque habla de la sensibilidad, que conservará durante el resto de su vida, hacia la cultura, hacia las innovaciones científicas propias del Renacimiento.
Se recuperó, terminó brillantemente sus estudios el 5 de septiembre de 1591 y dejó Padua «graduado con todas las notas *en utroque*» (derecho civil y eclesiástico). Su padre está orgulloso de él.

4. Hacia el sacerdocio: 1593
En el corazón de Francisco hay otros sueños, muy alejados de los de su padre, pero ¿cómo decírselo? ¡El señor de Boisy puso todas sus esperanzas en Francisco!
Fue nombrado preboste de la catedral de Annecy. Gracias a este título honorífico,

se reunió con su padre para comunicarle su intención de hacerse sacerdote. Fue un enfrentamiento duro y comprensible.
«Pensaba y esperaba que fueras el bastón de mi vejez y el apoyo de la familia… No comparto tus intenciones, pero no te niego mi bendición», concluyó el padre.
El camino hacia el sacerdocio estaba abierto: en pocos meses, Francisco recibió las órdenes menores, el subdiaconado, el diaconado y finalmente, el 18 de diciembre, la ordenación sacerdotal. Se prepara tres días para celebrar su primera misa el 21 de diciembre.
Pocos días después de Navidad, Francisco de Sales pudo ser «instalado» oficialmente como preboste de la catedral y en esa ocasión pronunció uno de sus discursos más famosos, una verdadera **arenga**. Ya se percibe el ardor y el celo del pastor, en sintonía con lo que el Concilio de Trento había indicado como camino de reforma.

5. Misionero en Chiablese: 1594-1598
Chiablese es el territorio que bordea el lago Lemán o de Ginebra. Los sacerdotes de esta zona de Saboya habían sido expulsados por los calvinistas de Ginebra y las iglesias estaban sin pastores. Pero ahora, en 1594, el duque Carlos Manuel había reconquistado esas tierras e instó al obispo de Annecy a enviar nuevos misioneros. La propuesta rebotó en el clero, pero nadie tuvo el valor de ir a tierras tan hostiles, arriesgando sus vidas. Solo Francisco ofrece su disponibilidad y el 14 de septiembre, con su primo Luis, parte para esta misión.

Se instala en el castillo de los Allinges, donde el barón Hermanance vela por su seguridad. Así que cada mañana, después de la misa, baja en busca de los Señores de Thonon. Los domingos predica en la iglesia de San Hipólito, pero los fieles son pocos. Así que decide escribir y hacer imprimir sus sermones: los coloca en lugares públicos y los desliza bajo la puerta de católicos y protestantes.



Capilla del Castillo de Allinges, Francia

Su modelo es Jesús en las calles de Palestina: se inspira en su gentileza y bondad, su franqueza y sinceridad. No faltaron las hostilidades y los cierres, pero también llegaron «las primeras espigas», las primeras conversiones.
Era severo e inflexible con el error y con aquellos que difundían la herejía, pero de una paciencia ilimitada con todos los que consideraba víctimas de las teorías de los herejes.
«Me encanta la predicación que se apoya más en el amor al prójimo que en la indignación, incluso de los hugonotes, a los que hay que tratar con gran compasión, no halagándolos, sino deplorándolos». El espíritu salesiano parece concentrarse en esta expresión de Francisco: «**La verdad que no es caritativa brota de la caridad que no es verdadera**«.
De este periodo extraordinario por el celo, la bondad y el coraje de Francisco,

todavía merece la pena recordar la iniciativa de celebrar las tres misas de Navidad en la iglesia de San Hipólito en 1596.
Pero la iniciativa que más contribuyó a desmantelar la herejía del territorio chiablese fue la de las **Cuarenta Horas**, promovida y animada por un nuevo colaborador de Francisco, el padre Cherubin de la Maurienne. En 1597, se celebraron en Annemasse, en las afueras de Ginebra.
Al año siguiente se celebraron las Santas Cuarentenas en Thonon (a principios de octubre de 1598).
A fin de año, Francisco tuvo que dejar la «misión» e ir a Roma para ocuparse de varios problemas de la diócesis.
En Roma, hizo importantes amigos (Bellarmio, Baronio, Ancina…) y conoció a los sacerdotes del Oratorio de San Felipe Neri y se enamoró de su espíritu.
Regresó a Annecy pasando por Loreto, y luego, en barco, llegó a Venecia; se detuvo en Bolonia y en Turín, donde discutió con el duque lo que el Papa había concedido a las parroquias de la diócesis.
En 1602, viaja de nuevo a París para negociar con el nuncio y el rey sobre delicadas cuestiones diplomáticas relativas a la diócesis y a las relaciones con los calvinistas. Aquí permaneció nueve largos meses y volvió a casa con las manos vacías. Si este es el resultado diplomático, muy rico e importante en cambio es el beneficio espiritual y humano que puede sacar de él.
Para la vida de Francisco es decisivo su encuentro con el famoso «Círculo de la Señora Acarie«: es una especie de cenáculo espiritual donde se leen las obras de Santa Teresa de Ávila y de San Juan de la Cruz y gracias a este movimiento espiritual se introducirá en Francia la Orden Carmelita reformada.
De regreso, Francisco recibe la noticia de la muerte de su querido obispo.

6. Francisco, obispo de Ginebra: 1602 – 1622

El 8 de diciembre de 1602, en la pequeña iglesia de Thorens, Francisco fue consagrado obispo y permaneció al frente de su diócesis durante veinte años.
«Aquel día Dios me había quitado de mí mismo para tomarme para sí y darme así al pueblo, es decir me había transformado de lo que era en lo que debía ser para ellos.
De este período destaco tres aspectos importantes:

6.1 Francisco, el pastor

Durante estos años, su celo brilla en las palabras: «***Da mihi animas***«, que se convirtieron en su programa.
«El sacerdote es todo para Dios y todo para el pueblo», solía repetir y era el modelo, ¡ante todo!

Los problemas de la diócesis son muchos y muy graves: afectan al clero, a los monasterios, a la formación de los futuros ministros, al inexistente seminario, a la catequesis, a la falta de recursos económicos.
Francisco comenzó inmediatamente a visitar las más de cuatrocientas parroquias, una visita que duró cinco o seis años: hablaba con los sacerdotes, consolaba, animaba, solucionaba los problemas más espinosos, predicaba, administraba el sacramento de la Confirmación a los niños o a los futuros esposos, celebraba bodas...
Para remediar la ignorancia del clero, enseñaba teología en su casa, cada año reunía a sus sacerdotes en sínodo, predicaba… «Durante algunos años, enseñó muchas materias teológicas a sus canónigos en Annecy y les dictaba lecciones en latín.
Había muchos que aspiraban a la vida religiosa o al sacerdocio: no eran las vocaciones las que faltaban. ¡Muy a menudo eran las vocaciones las que faltaban!
Escribió un folleto *Advertencias a los confesores*, una joya de celo pastoral donde se entrelazan la doctrina, la experiencia personal y los consejos…
Visitó los numerosos monasterios de la diócesis: algunos los cerró, en otros trasladó el personal y fundó otros nuevos.
Luchó hasta el final por tener un seminario: faltaban fondos debido al egoísmo de los Caballeros de San Lázaro y San Mauricio, que retenían los ingresos debidos (sugiero correspondientes en lugar de debidos) a la diócesis.
La característica dominante en Francisco como pastor es su **capacidad de acompañar a las personas**. «Es una fatiga guiar a cada una de las almas, pero una fatiga que hace que uno se sienta tan ligero como los segadores y cosechadores, que nunca son tan felices como cuando tienen mucho trabajo y mucho que llevar».
Características de esta educación individualizada:
Riqueza de humanidad: «Creo que no hay almas en el mundo que amen más cordialmente y más tiernamente y, por decirlo de algún modo, más amorosamente que yo, porque a Dios le ha gustado hacer mi corazón así».
Padre y hermano: sabe ser muy exigente, pero siempre con dulzura y serenidad. No baja la apuesta: basta con leer la primera parte de la Filotea para darse cuenta.
Prudencia y concreción: «Ten mucho cuidado durante este embarazo… si te cansas de arrodillarte, siéntate y si no tienes suficiente atención para rezar durante media hora, reza solo un cuarto de hora…» (Madame de la Fléchère)
Sentido de Dios: «Hay que hacer todo por amor y nada por la fuerza; hay que amar la obediencia más que temer la desobediencia. «Que Dios sea el Dios de tu corazón».

Francisco fue llamado la copia más fiel de Jesús en la tierra (Vicente de Paúl).

6.2 Francisco, el escritor

A pesar de los compromisos asociados a su condición de obispo, Francisco encuentra tiempo para dedicarse a escribir. ¿Qué? **Miles de cartas** dirigidas a personas que pedían su guía espiritual, a los monasterios de la Visitación recién fundados, a miembros destacados de la nobleza o de la Iglesia para intentar solucionar problemas, a su familia y amigos.
En 1608 se publicó la *Introducción a la vida devota*: es el escrito más conocido de Francisco.
«Es en el carácter, en el genio, pero sobre todo en el corazón de Francisco de Sales donde hay que buscar el verdadero origen y la remota preparación de la *Introducción a la vida devota o Filotea*«: así escribe Don Machey, un hombre que ha dedicado su vida al estudio de las obras del santo, en la introducción a la edición crítica de Annecy.
El prefacio lleva la fecha del 8 de agosto de 1608.
Este libro tuvo una acogida entusiasta.
La Chantal habla de este libro como «un libro dictado por el Espíritu Santo». En sus 400 años de vida, el libro ha tenido más de 1300 ediciones con millones de ejemplares, traducidos a todos los idiomas del mundo.
Cuatro siglos después, estas páginas siguen conservando su encanto y relevancia.

En 1616 apareció otro escrito de Francisco: el *Tratado del amor de Dios*, su obra maestra, escrita para los que quieren aspirar a las alturas. Los guía con sabiduría y experiencia para que vivan el abandono total a la voluntad de Dios… hasta el punto «donde los amantes se encuentran», es decir, hasta el Calvario. Sólo los santos saben cómo llevar a la santidad.

6.3 Fundador Francisco

En 1604, Francisco fue a Dijon a predicar la Cuaresma, invitado por el arzobispo de Bourges, Andrés Fremyot. Desde los primeros días, le llamó la atención y el comportamiento devoto de una señora presente. Es la baronesa Juana Francisca Fremyot, hermana del arzobispo.
Desde 1604, año del encuentro de Juana con Francisco, hasta 1610, fecha de la entrada de Juana en el noviciado de Annecy, los dos santos se encontraron cuatro o cinco veces, semanalmente o cada diez días. Las reuniones están animadas por la presencia de diversas personas de la familia (la madre, la hermana de Francisco) o de amigas (la señora Brulart, la abadesa de Puy d’Orbe…).

Juana quisiera acelerar los tiempos, pero Francisco procede con cautela.
Poco a poco se van soltando los distintos nudos, llega a un acuerdo, crece la serenidad y la paz y esto permite resolver mejor los problemas.
Dios ha tomado posesión de su corazón y la ha convertido en una mujer dispuesta a dar su vida por Él. Su sueño largamente acariciado se hizo realidad el 6 de junio de 1610: ¡un día histórico! Juana y sus dos amigas (Giacomina Favre y Carlotta de Bréchard) entran en una pequeña casa, «la Galerie», y comienzan su año de noviciado.
El 6 de junio del año siguiente hicieron sus tres primeras profesiones en manos de Francisco. Mientras tanto, otras jóvenes y mujeres pidieron ser recibidas. Así comenzó la familia religiosa inspirada en la Visitación de María.
La expansión de la nueva Orden tiene algo de prodigioso. Algunas cifras: de 1611 (año de fundación) a 1622 (año de la muerte de Francisco) hubo trece fundaciones: Annecy, Lyon, Moulins, Grenoble, Bourges, Paris.... A la muerte de Juana, en 1641, habrá 87 monasterios con una media de más de 3 por año. Entre ellos también dos en el Piamonte: en Turín y en Pinerolo.

7. Los últimos años

En los últimos años de su vida, Francisco tuvo que emprender dos veces el camino a París: importantes viajes del punto de vista diplomático y espiritual, viajes agotadores para él por el cansancio y la mala salud.
La fama de la santidad de Francisco es conocida en París a tal punto que el cardenal Enrique de Gondi piensa en él como su sucesor y lo propone. Es conocida la respuesta simpática de Francisco: «Me casé con una mujer pobre (la diócesis de Annecy); ¡no puedo divorciarme para casarme con una rica (la diócesis de París)!»
En su último año de vida realizó otro viaje a Pinerolo, en el Piamonte, a petición del Papa para restablecer la paz en un monasterio de Foglianti (cistercienses reformados) que no se ponían de acuerdo con el superior general. Francisco logró reconciliar las mentes y los corazones a su satisfacción unánime.
Otra orden del duque exigía que Francisco acompañara al cardenal Mauricio de Saboya a Aviñón para reunirse con el rey Luis XIII.
A su regreso, se detuvo en Lyon, en el monasterio de las Visitandinas. Aquí se encuentra con Joan de Chantal por última vez. Está agotado, pero sigue predicando hasta el final, que llega el 28 de diciembre de 1622.
François murió con un sueño: retirarse de los asuntos de la diócesis y pasar los últimos años de su vida en el tranquilo monasterio de Talloires, a orillas del lago, escribiendo su último libro, *Tratado sobre el amor al prójimo*, y recitando el Rosario.
Estamos seguros de que ya había escrito el libro con el ejemplo de su vida; en

cuanto al rezo del Rosario, ahora no le faltaba ni tiempo ni tranquilidad.

(continuación)